

¿En dónde perdimos el atrevimiento?

Alfredo Acle Tomasini©

Nos hemos portado bien; Las finanzas públicas en equilibrio, la inflación controlada y un tipo de cambio relativamente estable. Hicimos todo lo que nos dijeron, y nos lo han reconocido, la deuda pública mexicana tiene grado de inversión. Pero el país en términos de ingreso per capita continua estancado sino es que decreciendo. Mientras que la paja seca se acumula peligrosamente en todos los rincones. Así, parecemos atrapados en una situación paradójica donde hemos alcanzado el diez en conducta, pero hemos reprobado en aplicación. Y lo que es peor, el que aprobemos el curso no depende de nosotros, sino de que otros nos soplen.

Y así, sin darnos cuenta de nuestro cinismo, lo decimos hasta el cansancio, casi implorándolo; sí, que la economía americana crezca para que ella nos jale como un carro de ferrocarril que no dispone de un motor; sí, abramos las puertas de par en par, que vengan los extranjeros a hacer nuestra tarea; qué nos digan que quieren para complacerlos y atraerlos. No importa que sigamos engañándonos al suponer que la inversión extranjera, como si fuera un gracioso donativo, no es en realidad una forma de deuda externa, donde no se pagan intereses pero si dividendos, a veces disfrazados de pagos entre compañías.

Desde la consolidación del proceso revolucionario hasta principios de los ochenta, el Estado asumió de manera simultánea dos responsabilidades: estimular el desarrollo del país, mediante una activa participación en la economía que se manifestaba en la planeación y ejecución de grandes proyectos, a la vez que atendía las necesidades sociales. Así, la inversión pública marcaba la pauta de crecimiento del país, en tanto que la privada, además de seguirla, se desarrolló a su amparo proveyendo buena parte de los productos y servicios que demandaba la primera.

Sin embargo, la crisis de la deuda de los ochenta, en buena medida impulsada por un endeudamiento que además de irresponsable, no cuajó en generación de recursos que permitiera cubrir el pago de capital e intereses, hizo que la participación del Estado en la economía se convirtiera en una herejía, y de una manera simplista, se planteó a ésta como el origen de todos los males. La presencia estatal en la economía fue calificada por algunos como asfixiante, acusándola de inhibir la iniciativa de privados y lastrar las finanzas públicas.

Bajo la consigna de más mercado y menos Estado, éste se replegó en espera de que su lugar sería llenado por una iniciativa privada, que al menos por lo vociferante de su discurso, parecía ávida de asumir mayores responsabilidades. Pero más temprano que tarde, sus incursiones en el otrora ámbito estatal resultaron en onerosos fracasos, cuyo costo, paradójicamente, lo asumió ese mismo Estado, al que antes se le acusaba de asfixiante y al que en el momento justo se le solicitó su salvador oxígeno.

Sin embargo, las cosas no quedaron ahí, y la iniciativa privada mexicana poco a poco se ha ido desgranando, vendiendo sus empresas a extranjeros, transformándose en distribuidores de los productos de éstos, o simplemente desapareciendo.

¿Quién ha llenado este hueco? Muy sencillo: el capital extranjero lo ha hecho de una manera parcial. Pero éste viene y va, hace y deshace, conforme le conviene. No tiene mayor compromiso que con el rendimiento financiero, y menos aún tiene lealtad hacia alguna patria. Ésta, sólo sirve para ejercer presión política cuando el margen de lucro deja de alcanzar.

Lo paradójico es que todo esto ya lo sabíamos. Está en nuestra historia. De hecho, el Estado asumió en su momento responsabilidades económicas porque se dio cuenta que el ritmo y dirección del crecimiento del país, dependía de los intereses extranjeros. Así fue con el petróleo y con la energía eléctrica, donde se afrontaron retos que hoy día lucen formidables, y que nos hacen ver acobardados frente a los que nos depara el futuro.

Cuando en 1937 se fundó la Comisión Federal de Electricidad había menos de 20 millones de habitantes. Hoy la población es más de cinco veces mayor. Sin embargo, su crecimiento esperado para los próximos 25 años es de apenas 23 %. Ayer no había experiencia, escaseaban los técnicos y estaba casi todo por hacer. Hoy, la tarea se reduce a mantener el equilibrio. ¡Vaya retos tan distintos! ¿En dónde perdimos el atrevimiento? Cuando un país deja de atreverse, otros serán los dueños de su destino; lo estamos viendo.